

## Ocio

## Un hallazgo cotidiano

**Concierto.** El irlandés Van Morrison regresa a Madrid para ofrecer mañana y el jueves dos conciertos en el Palacio de Congresos

JAVIER MARTINEZ

La regularidad de sus visitas a España no ha restado un ápice de tirón a Van Morrison, que mañana y el jueves (20.45 h., Palacio de Exposiciones y Congresos) actúa en Madrid después de sus dos conciertos en Málaga.

No se trata de la presentación de *Down the road*, pues éste último trabajo tiene ya casi un año de vida. El músico irlandés, capaz de bucear en el rock, el soul, el jazz, el blues, está inmerso en una gira permanente desde hace una década, en una existencia itinerante dictada tanto por su condición de músico racial, que alcanza su máximo desarrollo expresivo en el escenario, como por las responsabilidades económicas de quien nunca fue un gran vendedor de discos.

Muy atrás queda su primera visita a la capital, el 15 de mayo de 1988, acompañado por The Chieftains, en el Rockódromo de la Casa de Campo. La noche tuvo su momento delicado, cuando el de Belfast se ausentó de la escena, molesto con una cámara de vídeo de la organización.

Desde entonces hasta acá, y gracias a una promotora que interpretó la extraordinaria lealtad de sus acólitos, se han sucedido sus presencias en España, con escalas frecuentes en Madrid.

Su figura ya no es exclusivamente la de un músico de culto, difícilmente digerible para el gran público. El efímero paso por su anterior

casa discográfica y la publicación en 1999 de *Back on top* le acercó, con varias décadas de retraso, a un sector muy definido de seguidores que se subieron de golpe al carro de los elegidos.

Van no ha modificado en exceso ese perfil de artista imprevisible, ajeno a las demandas populares. Bien es cierto que sus discos más recientes han perdido parte de la esencia que le hizo grande, que poco tienen que ver con ese talante exclusivo y perturbador propio de uno de los grandes iconos de la música de la segunda mitad del siglo que se fue.

### Hay entradas

Al cierre de esta edición aún quedaban entradas de butaca lateral, al precio de 72 euros, para sus dos conciertos, para los que se vendieron localidades desde 41 euros. Quienes le siguen la pista desde hace tiempo, aún recordarán dos célebres actuaciones en La Riviera a mediados de los 90, una de ellas concluido de mala manera por la impertinencia de dos espectadores empeñados en escuchar el recurrente *Gloria*. Ahí estaban Pee Wee Ellis y Georgie Fame al mando de una espectacular banda que ya forma parte de la historia.

Morrison se mueve ahora con un grupo de menores pretensiones. Hoy le acompañarán Matt Holland (trompeta), Bobby Trehern (batería), Martin Winning (saxos), John Edwards (guitarra), Gavin Povey



Van Morrison, en el Festival de Jazz de San Sebastián. / IRIGOIBARICZ

(órgano y piano) y David Hayes (bajo eléctrico).

El irlandés acaba de resolver un delicado asunto con Linda Gail Lewis, junto a quien grabó hace dos años *You win again*. La hermana de Jerry Lee Lewis le acusaba de acoso sexual y de explotar a sus músicos. El contencioso se liquidó la pasada semana de mutuo acuerdo, con la retirada de cargos ante un tribunal de Cardiff.

Nunca ha sido el de Belfast una persona fácil de trato. La preservación de su identidad artística le ha llevado a blindarse contra el mundo exterior, a una cierta paranoia frente a la mercadotecnia discográfica y los medios de comunicación. Precisamente esos rasgos tan genuinos juegan en beneficio del resultado final, que, como ya queda dicho, suele ser particularmente seductor en el escenario.

Es precisamente en las distancias cortas, en espacios cerrados, donde más promete este diminuto hombre de 57 años, siempre a la búsqueda de la sintonía espiritual con la audiencia.

Será el cuarto de sus conciertos en el Palacio de Congresos, por donde pasó hace dos años junto a Linda Gail Lewis y hace cuatro en la presentación de *Back on top*. No anda generoso en la entrega en sus últimas comparecencias, a menudo despachadas con el trámite de la hora y media y el anhelo de regresar de inmediato a casa. Porque Van Morrison no se siente cómodo como huésped y toma su avioneta de regreso a Belfast tras la última nota.

Ahora bien, tratándose de quien se trata, conviene mantener los ojos bien abiertos y el alma a punto. No vaya a ser que entre en trance y nos pille despistados.

**Concierto.** Van Morrison actúa mañana y el jueves en Palacio de Exposiciones y Congresos (Castellana, 99). A las 20.45 horas. Entradas a la venta en el FNAC, al precio de 72 euros.

## Van Morrison y la vida

Enrique Vila-Matas

**Me acuerdo mucho de la tarde**, a mediados de los años setenta, en que casualmente, en una de las pequeñas salas del Quartier Latin, vi *Tres long plays americanos*, un cortometraje de Wim Wenders del año 1969, donde la banda sonora, la música de *rock and roll*, tenía una importancia absoluta, por encima incluso de la imagen. Me vino de pronto a la memoria la olvidada banda sonora de mi vida. «Hemos olvidado hace tiempo el ritual según el cual fue edificada la casa de nuestra vida», escribe Walter Benjamin en *Dirección única*. «Pero cuando hay que tomarla por asalto y empiezan a caer las bombas enemigas, iqué de antigüedades descarnadas y extrañas no dejan éstas al descubierto entre los fundamentos».

Aquel día, en aquella pequeña sala de cine, apareció una antigüedad extraña que yo había sepultado en los sótanos del edificio de mi vida: el recuerdo del día de 1963 en el que yo iba andando por la calle de Pelayo de Barcelona y oí de pronto por primera vez a The Beatles, que cantaban *Twist and shout*, una música que a mí me pareció diferente a todas, que me descubrió el sentimiento de una felicidad rara, impensable hasta entonces.

Descubrimiento del *rock and roll*, que me salvó la vida, o que al menos me dio el impulso para buscarla. El *rock and roll* era algo que —como bien dice Wim Wenders— mi generación no había heredado de nadie y por tanto no había quien nos enseñara a quererlo. Al contrario, más de uno quería convencernos de que debíamos despreciarlo. El pelo largo de The Beatles, que hoy nos parece una banalidad, no lo fue en la realidad, más bien todo lo contrario, yo creo que fue un hecho decisivo para el *rock*, porque

creó un sentimiento de identidad totalmente distinto del capitalismo. En cierto sentido, fue un paso hacia una revolución, pues fue el *rock* lo que nos otorgó a muchos por vez primera un sentido de identidad. Y esto fue posible porque ante todo el *rock* nos conectaba con una felicidad extraña.

**Aquel día, en aquella sala del cine** del Quartier Latin, recuperé el recuerdo enterrado en los fundamentos de la casa de mi vida, el recuerdo de aquel *Twist and shout* que había cambiado mi visión del mundo. *Tres long plays americanos* comenzaba con viaje en coche y la cámara se demoraba encuadrando desde la ventanilla el paisaje que se movía lateralmente. Se veía pasar la ciudad, los negocios, calles desiertas, carteles publicitarios, cementerios de automóviles, fábricas, mientras se oía la música de Van Morrison. Las voces de Wenders y Handke comentaban fuera de campo los discos que escuchaban en el radio del coche. El verdadero héroe de aquella película era el *rock and roll*, que se convertía en el único vehículo de comunicación en un universo desolado e impenetrable.

Desde aquel día, Van Morrison es mi cantante favorito. Pero eso quizá no es lo más memorable para mí, tal vez lo más importante fue descubrir que no debía imitar a algunos escritores españoles de mi generación que decían estar sólo interesados en la música clásica y que se habían olvidado de mí el día en que se me ocurrió citarles a Van Morrison. Lo importante fue descubrir que no sólo no debía descartar nunca nada a la hora de crear, sino que no debía dejarme influir por la mirada compasiva de aquellos

pedantes que en el fondo sólo buscaban descartarme como posible futuro escritor. Lo importante fue descubrir que, como diría Walter Benjamin, el tipo que narra historias sin distinguir entre grandes y pequeñas se guía, al hacerlo, por esta verdad: de todo lo ocurrido y contado nada debe ser considerado como perdido para la Historia. Lo importante fue descubrir que había escritores y cineastas —como Wenders y Handke— que dialogaban sin complejos sobre el *rock and roll*, sobre la felicidad extraña que puede dar de golpe una canción de Van Morrison. Lo importante fue descubrir que uno podía dar un paso, dos, hasta siete pasos hacia la Revolución.

Muchos años después, frente al mismo pelotón de ejecución formado por aquellos mismos escritores españoles de mi generación, había yo de recordarles a todos ellos mi pasión por Van Morrison y, antes de que pudieran expresarse de nuevo su compasión, añadi, citando muy deliberadamente a Handke: «Soy un tipo bastante fuerte. Soy un tipo muy frágil. Van Morrison incluye en su voz la humanidad entera. Sus melodías incluyen el canto de una vieja, una mujer, un niño, y un hombre. La voz de un hombre. Aunque con la música se puede tiranizar a todo el mundo. Incluso con la de Bach». Hubo risas y ninguna respuesta ni objeción. Y yo, por supuesto, me quedé tan ancho, algo que, por cierto, no me sucede cuando escucho en directo la voz de un hombre. Como haré mañana por la noche. En Madrid.

Enrique Vila-Matas es escritor. Ha ganado el último Premio Herralde con *El mal de Montano*.